



CISNEROS, DICTADOR

En todos los pueblos fué bien acogida la elección del Cardenal para el Gobierno, pues aunque por todas partes se barruntaban revueltas, el solo nombre del enérgico anciano era una garantía del mantenimiento del orden. De todas partes recibía Cisneros cartas de adhesión, sirviendo de modelo aproximado para las demás ésta que recibió de Burgos: «... aunque eran de temer desórdenes, cuando supimos que Vuestra Reverencia era Gobernador, no solamente quedamos sin temor deseándolo, mas creemos que habrá en los reinos más paz y más sosiego que jamás en ellos hubo, porque tan santa intención y tanta prudencia y tantas letras y tanto estado, no sólo en una persona más en todas las deste Reino no se podía hallar; ninguna cosa nos podía causar mayor pesar que la muerte del Rey, ni igual satisfacción que quedar Cisneros en su lugar...»

que afecta a los enfermos mentales y anorexia tal envergadura que sobrepasa las posibilidades de las Diputaciones y tiene, por tanto, un carácter nacional, por lo cual ha sido elevada al Ministerio de la Gobernación la propuesta de diferentes modificaciones en cuanto afecta a la Diputación Provincial de Madrid.

Intervino el señor Espinosa de los Monteros para pedir que el epígrafe núm. 147 del orden de modificación se modificase su redacción en el sentido de que se aprobara la solicitud en favor de determinado tipo de administrativo se hiciera no como contrato de carácter temporero, ya que ello está más ajustado a los principios adoptados por la Corporación Provincial de Madrid en los preceptos del Reglamento de Funcionarios de la Diputación Provincial, dando su asentimiento a tal modificación. El señor Espinosa manifestó que la propuesta de modificación del Pleno estaba en el orden de la reorganización administrativa que se está realizando por la Comisión de Reorganización de la Diputación Provincial.

REORGANIZACIÓN DE LA DIPUTACIÓN PROVINCIAL Y DOS PUEBLOS

El Pleno acordó que, merced al acuerdo adoptado por el Pleno en relación al problema de la reorganización de la zona muy extensa de la provincia de Madrid y dos pueblos del partido judicial de Madrid que contaban desde el pasado año con un servicio de policía en vez del servicio nocturno de policía que tenían.

REORGANIZACIÓN DE LA DIPUTACIÓN PROVINCIAL

El señor Marqués de la Valdavia, en las visitas que ha realizado en las navidades a los establecimientos de la Diputación, destacando el buen funcionamiento de los mismos y las obras realizadas en la zona de Aranjuez, bajo la competencia del Director-Visitador señor García, manifestó que en los días también visitará a los establecimientos en establecimientos de la Diputación Provincial para hacer llegar el conocimiento y el amor cristiano que tiene a la Diputación Provincial.

REORGANIZACIÓN DE LA DIPUTACIÓN PROVINCIAL

El Pleno acordó la incorporación sobre los diferentes asuntos durante el mes en curso de la Diputación Provincial el reparto de becas de estudio, la distribución de los fondos de la Diputación Provincial y la inauguración del curso en diferentes pueblos de la provincia. En esta ocasión, el Marqués de la Valdavia deseó las mayores felicidades a la provincia de Madrid, a sus colaboradores, funcionarios y a la Prensa madrileña, y terminó con unas vibrantes palabras de adhesión al Gobierno.

REORGANIZACIÓN DE LA DIPUTACIÓN PROVINCIAL

El Pleno acordó la incorporación sobre los diferentes asuntos durante el mes en curso de la Diputación Provincial el reparto de becas de estudio, la distribución de los fondos de la Diputación Provincial y la inauguración del curso en diferentes pueblos de la provincia. En esta ocasión, el Marqués de la Valdavia deseó las mayores felicidades a la provincia de Madrid, a sus colaboradores, funcionarios y a la Prensa madrileña, y terminó con unas vibrantes palabras de adhesión al Gobierno.

(Continuación.)

los recelos de la Universidad del Tormes, que le acarrearón graves y curiosas dificultades, ya que iban a poblarse los claustros complutenses a expensas de los salmantinos, mandándose secretamente a Alcalá al Bachiller Antonio de Aguilar a informarse de todo lo que pudiera saber. Así que cuando Salamanca se enteró por Aguilar del formidable impulso de aquella magna obra de Cisneros, trató de impedir a toda costa y con todo su poder que los hechos pasaran adelante, trámites que constan en el *libro de claustros* de aquel centro y de aquel año. Cisneros prosiguió tranquilo su camino, y su Universidad se iba viendo cada vez más aumentada por alumnos llegados de todas partes, atraídos por la munificencia del toledano.

En el espíritu extraordinario de Cisneros no se puede ni remotamente suponer malévolos intención de anular ni perjudicar siquiera a Salamanca, pues tenía suficiente grandeza propia para levantarse sin rebajar a nadie.

El Colegio de San Ildefonso, alma de la Universidad, tenía un Rector, 33 profesores, número que recordaba el de los años de Cristo, más 12 capellanes, en memoria de los doce Apóstoles, pero sin facultades docentes.

El Colegio de San Ildefonso, alma de la Universidad, tenía un Rector, 33 profesores, número que recordaba el de los años de Cristo, más 12 capellanes, en memoria de los doce Apóstoles, pero sin facultades docentes.

Cisneros nombró primer Rector al ilustre colegial Pedro Campo, varón de grandes esperanzas y talentos, asistido por tres vicerrectores. En este nombramiento se separó de la costumbre salmantina, donde se elegía «Rector Magnificus» a algún estudiante perteneciente a familia de la nobleza.

Además de Rector, y siguiendo la costumbre de la Universidad de París, nombró un Canciller que tomaba parte en los exámenes y confería los grados académicos, recayendo el primer nombramiento en Pedro Lerma, Abad del Monasterio de San Justo, en Alcalá.

Cisneros procuraba estimular el compañerismo entre los estudiantes y obligaba a los más antiguos a ocuparse de sus compañeros jóvenes y solucionar sus dificultades. Fundó también el Colegio Trilingüe, en el cual 10 estudiantes aprendían latín, 10 griego y otros 10 hebreo.

El Cardenal, recordando sus días de estudiante en Salamanca, tomó gran interés por las disputas o discusiones públicas entre los alumnos, que terminaban confirmando los grados de bachiller, licenciado y maestro de artes a los candidatos, acudiendo personalmente y tomando parte en ellas, estimulando a los estudiantes que se mostraban inteligentes, sin olvidar a los pobres, procurando que a éstos alcanzasen también los beneficios de la educación universitaria.

A estos estudiantes se les denominaba «porcionistas», por recibir la «porción» del Colegio como los prebendados, dándoles aposentos con llaves, camas de madera con cordeles, mesa y sillas, y lavandera («Catalina la Serrana», que cobraba 7,50 florines) y barbero (Forcel), médico si estaban enfermos, pero no «medizinas» (previamente medida para las trapacerías estudiantiles).

Finalmente mandaba Cisneros que en el patio del Colegio, y en lo que se llamaron «leonerías», morasen trece estudiantes pobres, sin prebenda, pero que se les abone al año una limosna de dos florines. Estos «profesionales del hambre» se llamaban «camaristas» y vivían con otros pobres llamados «campaneros», a los que el Colegio sólo daba habitación gratis. De entre estos pobres colegiales salieron Santo Tomás de Villanueva, Cervantes y otros, teniendo que recurrir a toda clase de arbitrios para sustentarse, algunos nada conformes con la ética. Pedían li-

mosna, barrían las calles, como lo hacían sus congéneres de París.

Para estimular el estudio del latín, Cisneros dispuso que todas las lecciones se diesen en esta lengua. Dentro de los muros de la Universidad la vida era austera y sencilla, y para solazarse iban los estudiantes por los alrededores de la ciudad. Comían en el «refectorio», donde cada semana se ponían manteles y servilletas limpias, menos los pobres, que tenían las mesas a tabla desnuda. Bebían en vaso de plata los primeros, y de vidrio los modestos. Cuchillo, salero y jarra de agua era común a ambas clases. Si alguno venía tarde, perdía los platos ya servidos. A cada uno se le suministraba «una azumbre» de vino (dos litros), pero que, como lujo, tenía el estudiante que ganar con su esfuerzo, ya que si no trabajaba lo bastante, se le reducía la ración. En los días de carne, se les daba libra y media de carnero para las dos comidas, tocino, verdura y frutas, «de modo que el despensero pueda gastar en estas últimas real y medio en los treinta que comen a la mesa».

Los viernes y demás días de vigilia, «les den pescado, «güebos» u otras cosas que se permiten en esos días, al mismo precio, y aunque en semejantes días se suelen hacer más grandes gastos en guisar la comida, queremos que fuera del real y medio que en los días de carne se dará para verduras y fruta, puedan añadir para aceite y vinagre, miel, manteca, legumbre, verdura, fruta, especias y otros cualquier adereços, respecto de los treinta colegiales, otro real y medio; de suerte que fuera de los tres reales, no se pueda gastar más de ningún modo. La porción de los familiares y los que sirven, sea algo menor, y los pedazos de pan y restante, la carne y otras comidas de todo el Refectorio, se distribuirán en aquellos 13 pobres de los cuales se trató arriba».

En los días del año señalados muy festivos, se daban raciones extraordinarias, doblando solamente los gastos de carne o pescado.

Los estudiantes ricos no habían de pagar menos de veinte escudos de oro, comparándoseles hoy a los pensionistas de los actuales colegios.

No se permitía llevar armas, y estaba rigurosamente prohibido el juego de dados y cartas. También se prohibían los laúdes y guitarras, muy dados instrumentos para hacer «novillos» en rondas y francachelas, imitando a los ministriles, que tanto pululaban por las calles de Alcalá. Sin embargo, se les permitía tocar suavemente el clavicordio en sus celdas, con tal de no molestar a sus vecinos. Al caer la noche reinaba el mayor silencio en los patios de los Colegios, cerrando el vigilante la gran puerta de entrada con nueve pesados barrotes de hierro. Desde entonces nadie podía entrar ni salir de aquellos recintos una vez oída la campana de «cierre», dándose previamente nueve aldabonazos en la puerta para que saliesen los que habitaban fuera del Colegio, vigilando al mismo tiempo quiénes entraban y salían.

Cuéntase en relación con esto que cierta noche, estando muy enfrascado el gran Quevedo en un juego de naipes en una de las celdas estudiantiles, no oyó los aldabonazos de salida y cierre, y cuando se llegó a dar cuenta, la puerta estaba cerrada, recurriendo sus compañeros a descolgarle en un cesto por el balcón que da encima de la puerta. Pero el diabólico maquinario de los estudiantes, que durante todos los tiempos han ido de la mano de Belcebú, hizo que a mitad del camino el cesto lo atasen en el barandal pendiente de la cuerda, cerrando el balcón y marchándose a dormir, dejando al satírico burlón balanceándose en el espacio.

A media noche pasó por allí la ronda de corchetes que vigilaba la ciudad, y al ver balanceándose aquel extraño péndulo, le echaron el «¿Quién vive?» A lo que respon-

dió el aludido: «¡Quevedo, que ni sube, ni baja, ni está quedo!»

La organización de la Universidad era casi monástica, entre ejercicios, conferencias, estudios, ejercicios de piedad, trajes talaes, sufragios, confesiones, siendo eminentemente ordenancista la disciplina de los internos. Pero fuera de las puertas de los Colegios, los estudiantes se entregaban a los clásicos excesos de la juventud, vagabundeando en pandillas por las estrechas y concurridas calles alcaláinas, burlándose de los pacíficos ciudadanos, haciéndoles bromas pesadas, cantando en las tabernas, estallando frecuentes broncas al saturarse sus cerebros con el etílico elemento, marchando muchos hacia la «avenida fétida» en busca de las retozonas mozas de edenes más o menos malolientes. Cisneros, muy contrario a estos excesos, solía decir: «Son potros sin domar, que pronto sabrán dominar sus pasiones, y de vez en cuando los reñía, pero siempre les defendía frente a los magistrados de la ley.

En enero de 1514 fué desde Madrid el Rey Fernando a Alcalá a visitar las fábricas del Cardenal. Andaba ya el aragonés enfermo de aquel «potaje frío» que le diera la reina Germana y doña María de Velasco, y buscaba en vano la salud en los viajes.

Aunque en relaciones algo tirantes desde lo de Orán y Navarra, caminaban juntos Rey y Cardenal entre las aclamaciones de la grey estudiantil, manifestando el monarca que habiendo ido a Alcalá a censurar las fábricas de Cisneros, no pudo dejar de admirarlas, haciéndole notar al mismo tiempo el modesto revestimiento de arcilla del Colegio de San Ildefonso, deficiencia que desmerecía del templo del saber, que aquello era. Pero Jiménez le respondió: «Alteza, lo que hoy es de arcilla, será hecho mármol por los estudiantes». Y así fué en 1543, con la terminación de la admirable fachada que hoy contemplamos, obra de Gil de Ontañón. Cisneros, al hacer la fachada de tierra, no podía entretenerse ni perder tiempo, porque tenía prisa, ya que por su edad, como decía él entonces, caminaba rápidamente al sepulcro.

Cuéntase que a los veintiséis años de su muerte, cuando se derribó la fachada antigua de tierra, como si ya tuviese carácter eterno, hubieron de pasar graves fatigas los obreros y romper en ella muchos instrumentos de acero por la tenaz resistencia que ofrecía el muro primitivo a ser demolido.

Entrados en el Colegio el Monarca y su acompañamiento, saliéronle al encuentro el Rector y primates de la Academia, precedidos de sus maceros. Pero al verles los maceros reales, les intimidaron a que depusieran o bajaran sus cetros, ya que a nadie delante del Rey le era lícito usar dicha insignia. El Rey, más comprensible y humano, manda que los dejen proseguir, diciendo: «Esta es la morada de las musas y de las letras, donde los sabios son dioses, y es justo reinen allí sus iniciados».

El doctor Balbás explicó al Rey el funcionamiento de la Universidad y, llegada la noche, se ordenó a los pajes del Rey que acompañasen con antorchas encendidas, y como se aprovecharan de su petulante e injusta «superioridad jerárquica», comenzaron a hostigar a los estudiantes con dicterios mordaces, y como respondieran éstos de igual forma, se vinieron a las manos, y entre las antorchas, las clásicas estacas estudiantiles y las piedras, se armó tal bronca, que al advertirlo el Rey, aunque quiso hábilmente disimular, no pudo contener la indignación, diciéndole a Cisneros:

—¿Qué atrevimiento es éste, que se pongan los estudiantes contra mis criados en mi propia presencia?

—¡Señor, hasta las hormigas tienen bilis, y todo el mundo, al sentirse oprimido, busca venganza para repeler las injurias!; pero ved cuán pronto se apaciguó el tumulto.

Sintió el Rey su raptó de ira por cosas de jóvenes y prosiguió su visita, contemplando y examinando la fachada (monumento nacional), hermoso ejemplar del Renacimiento clásico, con elementos ojivales y platerescos, entrando después en este antiguo recinto del «Gay saber y Gaya Ciencia», donde se encuentra el Primer Patio o principal, del siglo xvii, con la estatua del fundador, por Vilches, en el centro, sobre labrado brocal de aljibe antiguo.

Del Patio Segundo, llamado de los Filósofos o Continuo, apenas queda nada, y el Tercero o Trilingüe, por pertenecer a este Colegio, se construyó en 1557. De este patio se pasa al Paraninfo, obras empezadas con Cisneros y terminadas a finales del siglo xvi. También allí se halla la puerta de los carros, por donde salían los estudiantes «calabaceados». En la Capilla se guardaron los restos del fundador hasta ser trasladados a la Magistral.

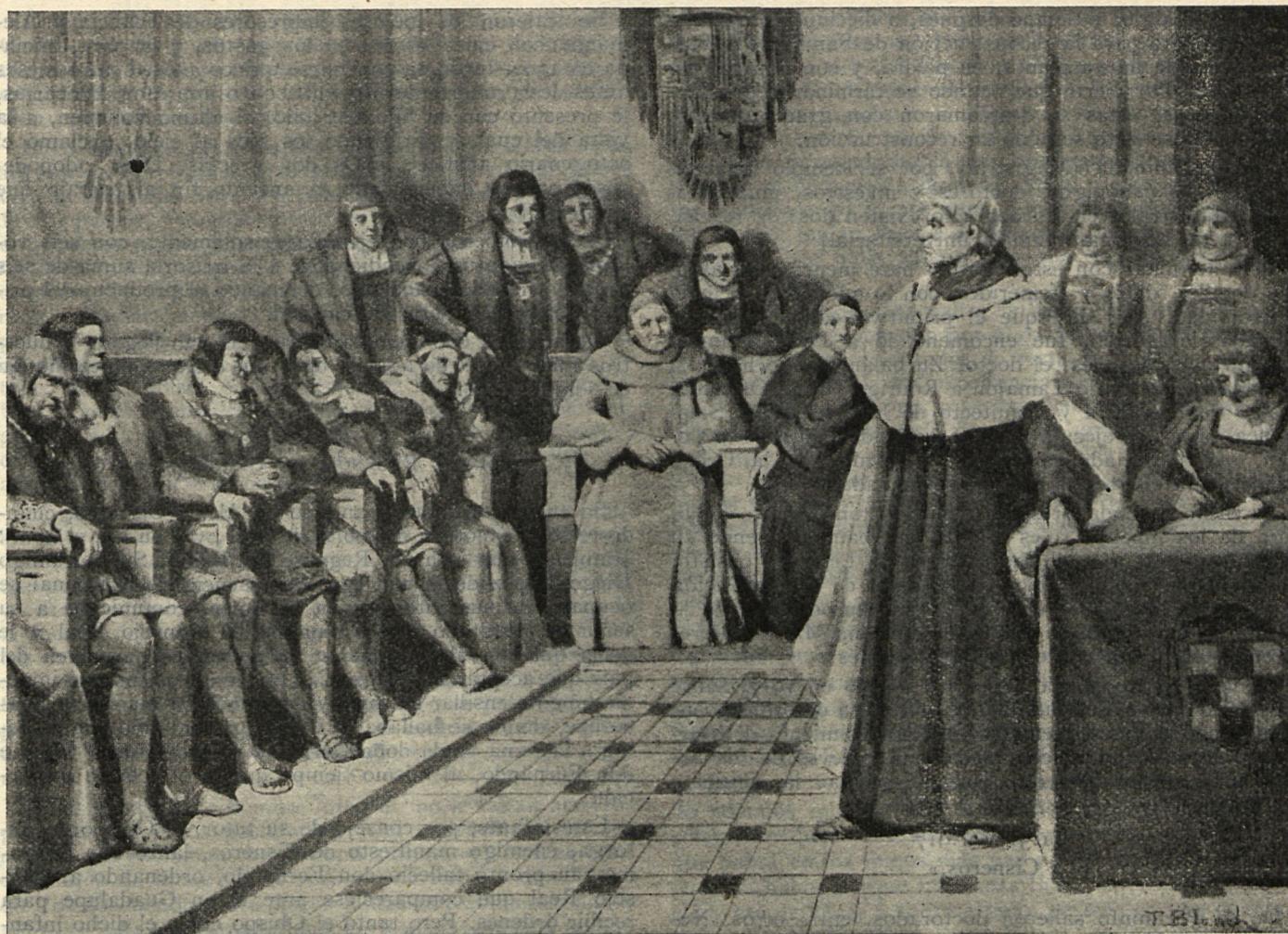
En la planta baja del primer patio estaban las aulas de Teología, Medicina, Derecho Civil y Cánones, y en los pisos altos estaba la Rectoral, biblioteca, refectorio y dormitorios. En el Segundo Patio estaban las aulas de Filosofía, Audiencia y Cárcel Universitaria, con los graneros del Colegio, y por fin, en el Tercero, las clases de Lenguas, y en la parte alta, el Colegio Trilingüe.

Después, y dentro de los muros del Colegio Mayor, fundó en 1513 el Colegio de San Pedro y San Pablo. De aquí salió médico Vallés el Divino.

Después fueron fundándose otros, como el Teológico, el de Santa Catalina, llamado también de Los Artistas o de Los Físicos; el de Santa Balbina, Los Lógicos, el de San Eugenio o de Los Gramáticos, para 36 estudiantes pobres, y que posteriormente se llamó de San Ambrosio, ocurriendo que por el considerable aumento de los alumnos y la disminución de las rentas, se llegaron a pasar en él hambres épicas, corriendo entre el elemento estudiantil como proverbio, cuando topaban con un estudiante escuálido y hambriento, preguntarle: «¿Eres tú del Colegio de San *Hambrosio*?», escribiéndose dicho título con una grande H, que aspiraban en su pronunciación, para significar el hambre que allí se padecía. También les llamaban «chófistas», por la mísera cena que les daban, que era «chanfaina de chofes (bofes) o livianos picados». Por último, fundó el Colegio de San Isidoro y el Hospital de San Lucas y San Nicolás para estudiantes pobres de todas partes de España. Cuando en 1528 Francisco I de Francia visitó la ciudad, contaba la Universidad con 7.000 alumnos. En aquella ocasión dijo aquel rey galo: «Vuestro Cisneros ha emprendido y llevado a cabo una tarea, que yo mismo no podría intentar. La Universidad de París es obra de muchos gobiernos, pero sólo Cisneros ha fundado una como ésta».

En otra ocasión, y en época de la Cuaresma, las justicias na dieron lugar a ciertos hechos que tuvieron alguna resonancia. Uno de ellos ocurrió cierto día en que los agentes reales llevaban preso a un platero de Guadalajara que había cometido un delito digno de pena capital, al cual, los estudiantes, en número considerable, arrebataron de manos de la justicia, poniéndole en libertad. Quejóse el Rey del desafuero ante el Cardenal, y éste desarmó la cólera real con estas palabras. «Es la espuma de la ebullición escolar que pronto apaciguará sus ardores.» Dijose que como Cisneros necesitaba aquel artifice para la fabricación de joyas y vasos sagrados, libróle más bien él, que no la revolución estudiantil.

En otra ocasión, y en época de Cuaresma, las justicias de Alcalá llevaban a ahorcar a un desgraciado, muy acompañado de gentes curiosas y muchos estudiantes entre ellas. Pero ya el reo con la soga al cuello, quedó el acto en suspenso al oírse a un estudiante que a voz en cuello gritaba: «¿Qué cobardía y flojedad es esto, muchachos, para tolerar que en tiempo de Cuaresma se cuelgue a un desgraciado?» Y oído esto, la multitud estudiantil, en



Proclamación de Carlos V en Madrid.

apretada falange, cerró con los verdugos, ministros y alguaciles, arrollándolo todo, cogiendo al preso, que no esperaba tal cosa, y lo llevaron al convento de los Franciscanos, depositándole allí bajo sagrado.

El alcalde y demás gente de la ciudad se indignaron, pidiendo justicia. Entonces el camarero del Cardenal, don Carlos de Mendoza, propuso se pasease por las calles un malhechor montado en un burro, echando el pregón «que era aquél el estudiante desconocido que había levantado el tumulto y libertado al criminal».

El remedio fué fatal y de imprevistas consecuencias, pues los estudiantes, llenos de cólera, amenazaron acudir en escuadrones por todas las calles, con intenciones de pegar fuego a la ciudad por los cuatro costados, si no se libraba al que crían su compañero. Pero pronto conocieron la burla y echaron a chacota la mascarada, creciendo en cambio la indignación popular que vió en ello un terrible precedente, llegándose a escribir a Cisneros para que aplicase terrible castigo cuando viniese. El Cardenal vino por fin, pero, como padre bonachón, alabando la cordura del pueblo, por haber cedido y defendido a sus colegiales, saliendo para en adelante responsable de su conducta diciendo que se habían de tomar a broma aquellas cosas de la juventud, que hasta nuestros días hemos seguido haciendo cuando estudiantes en todas las latitudes.

Seis años venía funcionando la Universidad Complutense, cuando Cisneros llevóse uno de los disgustos mayores de aquellos sus tiempos. Los celos de la Universidad salmantina iban en aumento, procurando hacer la mayor oposición a su rival, y cuando mayor era la necesidad de profesores, Salamanca sobornó con aumentos de sueldos y

premios a varios de ellos, que abandonaron las escuelas complutenses, llevándose no pocos alumnos. Al saberlo Cisneros, dicen que exclamó: «Ya volverán las palomas mientras haya comida en el palomar». Pero las palomas pagaron caro la ingratitud cometida, pues entre los huídos, a Gonzalo le agradó poco Salamanca; Alfonso de Córdoba se hizo agustino; Herrera fué atacado de lepra, y Bartolomé de Castro murió en el mar al volver a España desde Roma, y otra vez Cisneros volvió a exclamar al saberlo: «Es el genio complutense, que venga justamente sus agravios». Otros gloriosos maestros suplieron a los ausentes, y la Universidad continuó su triunfante ascenso.

Los gastos de las obras ascendieron a 1.580.000 maravedises, cantidad exigua dado el gigantesco proyecto, dejando el fundador al morir cuantiosas rentas para su sostenimiento (19.000.000 de maravedises), fincas y otras partidas que se malograron al venir Carlos V a España, el que, abrumado por enormes gastos y dilapidaciones, no encontró otro camino más llano que el de echar mano de la hacienda del difunto Arzobispo para subvenir a sus orgiásticas necesidades, enviando por el dinero a Alcalá, donde lo habían traído secretamente de Uceda, y escondido dentro del Colegio, gestionando este expolio el contador mayor y tesorero del reino don Francisco de Vargas.

El 26 de diciembre de 1517, fecha el mismo año de la muerte del Cardenal, reunido el Colegio en Capilla, leyó la Corte del Emperador el documento por el que mandaba se le entregase «todo» cuanto dinero les había entregado Cisneros (aún no se había enfriado el cadáver, que había empezado a serlo mes y medio antes).

Rector y Consiliario, después de inútiles forcejeos, tuvieron que ceder en gran parte a la fuerza, no obstante lo cual, la obra del fundador siguió su pujanza, creciendo y aumentando en recursos, llegando a 10 los Colegios al

terminar el siglo, y tiempo después, a diecinueve, quedando aún dinero para la reconstrucción de San Justo y Pastor, hecha de nueva planta, en piedra, y con alientos catedralicios. Por cierto que cuando se terminaron sus últimas bóvedas, éstas se desplomaron con gran estrépito, continuándose acto seguido su reconstrucción.

Fué denominada «Magistral», por ser templo universitario, y sus canónigos, doctores y maestros, universitarios. (Magistrales en Europa sólo existen dos: la reseñada y la de Lovaina, también universitaria.)

Para terminar con este capítulo haré mención de algunos detalles, datos y efemérides, con lo que cierro el tema Universidad. Así, diré que el primitivo edificio, con su fachada de ladrillo, fué encomendado a Pedro Gumiel. Treinta años después, el doctor Zurbalán mandó hacer la fachada en piedra de Tamajón a Rodrigo Gil de Ontañón, vecino de Rascafría y arquitecto de la catedral de Salamanca, obra que ejecutó bajo su dirección Pedro de la Cotería, que labró admirablemente el cordón de la Orden Franciscana en tres partes de su fachada.

La dicha fachada presenta desvaído tono de oro viejo, obra de los muchos soles que la han bañado, siendo su factura análoga a la de San Marcos de León y Consistorio sevillano. En el Palacio de España de la Exposición de París de 1900, se representó una reproducción de la misma, lo que repitió la eximia actriz doña María Guerrero en el teatro que edificó en Buenos Aires.

También la República Argentina colocó en 1917, sobre el arco de paso al segundo patio, una placa de bronce conmemorando el cuarto centenario del fallecimiento del purpurado franciscano. Dicha placa, con relieves de los hechos más memorables de Cisneros, «tenía» la siguiente inscripción:

«1517 - 1917
a Cisneros.»

De su Paraninfo salieron doctorados, entre otros, Nebrija, Arias Montano, Vallés el «Divino», Quevedo, Jovellanos, P. Mariana, la Doctora de Alcalá María Isidra Quintana de Guzmán y de la Cerda, a sus diecisiete años, hija de los condes de Oñate, y que vivió en la Corte de Carlos III.

La época más floreciente de esta Universidad fué en los siglos XVI y XVII, en que llegó a contar 12.000 estudiantes, empezando su decadencia a partir de la mitad del segundo siglo citado, volviendo posteriormente a una era de florecimiento. Pero resultaba que siendo Alcalá una pequeña población, tenía Universidad y en cambio, Madrid, capital del Reino, carecía de este centro docente, siendo trasladada a la Corte en 1836, desde cuya fecha se cerraron definitivamente las puertas que se habían abierto por primera vez el 26 de julio de 1508.

Biblia Poliglota. No obstante el abrumador trabajo del Cardenal en sus actividades políticas durante su Regencia, cuando éstas le dejaban alguna corta temporada libre, la dedicaba a su amada Universidad y a la confección e impresión de su Biblia Poliglota.

Alcalá fué siempre el refugio buscado por Cisneros para huir de su activa vida pública, dedicando allí la ternura y afectos que pudo haber consagrado a la vida de familia.

El Cardenal se lamentaba de que los estudios bíblicos estuviesen a tan bajo nivel en las Universidades españolas, y como en Sigüenza aprendió caldeo y hebreo, tan pronto como empezó a crear la Universidad de Alcalá, reunió con él nueve eruditos, a quienes encomendó la tarea de compilar su Biblia Poliglota, aprovechando el reciente descubrimiento de la imprenta.

Nebrija, Demetrio, Ducas de Creta, López de Zúñiga, Núñez de Guzmán, Alfonso, Médico de Alcalá; Pedro Coronel y Alfonso de Zamora, pusieron manos a la obra, dirigidos por el Cardenal, que les recompensaba liberalmente por sus trabajos, y gastando grandes sumas en la búsqueda de raros manuscritos, hasta el punto de haber gastado en la obra ¡cincuenta mil ducados de oro! (¿hoy serían 18 millones de pesetas?), más que las rentas de un rey (38).

Se trajeron los mejores impresores de Francia y Alemania, con carta blanca en los gastos, y la obra, iniciada en 1502, tardó en concluirse quince años, cuatro meses antes de la muerte del Regente, cuyo impresor, Brocarius, le presentó con su hijo, en julio, el último volumen, a la vista del cual, y dirigiendo los ojos al cielo, exclamó el octogenario artífice: «¡Os doy gracias, Dios todopoderoso, porque habéis dado el ansiado fin al trabajo que emprendí!».

Se imprimieron 600 ejemplares solamente, con seis volúmenes cada uno, vendiéndose a la irrisoria suma de seis y medio ducados cada uno, dedicando el producto del primer volumen a obras de caridad.

De aquellos 600 ejemplares, apenas han llegado a nuestros días ¿200? de aquella obra que Alvar Gómez motejó de «milagrosa».

27.—SEGUNDA REGENCIA DE CISNEROS (1516-17).

Se encontraba muy tranquilo en Alcalá Cisneros, cuando recibió la noticia del óbito del Rey, y a su vez el nombramiento que le hacía Regente del Reino. Su fiel amigo Diego López de Ayala, que en ausencia del Cardenal se ocupaba de sus intereses en la Corte, comunicaba a su señor el resultado de la reunión del Consejo Real y le decía que era absolutamente indispensable para bien del país que aceptara la Regencia. El Arzobispo mandó inmediatamente ensillar su mula y emprendió la marcha a Guadalupe, donde se hallaba la Corte, presentando sus respetos a la reina viuda doña Germana y sosegando al infante don Fernando, al mismo tiempo que le ofrecía su protección.

Este infante, por consejo de su tutor, el Obispo de Astorga, enemigo manifiesto de Cisneros, lanzó una proclama tan pronto falleció don Fernando, ordenando al Consejo Real que compareciese ante él en Guadalupe para recibir órdenes. Pero tanto el Obispo como el dicho infante ignoraban que su abuelo había cambiado de opinión antes de morir, anulando el testamento de 1512. Por el contrario, en su postrer testar, dispone que Cisneros se encargue de la Regencia de Castilla, y el Arzobispo de Zaragoza, don Alfonso, su hijo bastardo, Regente del reino aragonés, donde tenía gran popularidad.

Doña Germana recibió como legado ciertas rentas de Nápoles, no prestándose la mayor atención por haber sido siempre considerada como extranjera en el país, contándose que cuando llegó a Madrigalejos, no obstante sus lágrimas, se la prohibió ver a su agonizante esposo hasta que se concluyó de redactar el testamento.

Esta señora, de temperamento un tanto alegre y desprecupado, eliminó pronto su protocolaria pena, contrayendo segundas nupcias con el Marqués de Brandeburgo, que al morir prematuramente le volvió a sustituir con el Duque de Calabria, hijo mayor de Federico, el destronado monarca napolitano, y primo de don Fernando. Así tenía que hacer frente a su viudez y a sus escasos treinta años.

Cisneros se enteró en Guadalupe de todas las circunstancias que concurrieron a su nombramiento de Regente hasta que viniese a España don Carlos, de las discusiones que surgieron entre los enemistados próceres del Reino y de la proposición del famoso abogado del Consejo Real, doctor Carvajal, que propuso al Cardenal como la persona más idónea para este delicado cargo, según vimos anteriormente.

Cisneros, derramando lágrimas por la muerte de su Rey, exclamó: «Grave pérdida ha sido para España», y al oír este adusto clérigo la lectura del testamento real, que le cargaba con el peso del gobierno, se entró en el oratorio en busca de luz y fuerzas que le guiaran en su arduo cometido. Pero aunque arrastrado por su natural inclinación a la soledad y al silencio, llevaba dentro de sí un consumado gobernante, destinado a señalar a los pueblos derrotados de paz y de grandeza, y por eso declaró resueltamente que aceptaba el poder a todo evento, echando sobre sus añosos hombros la pesada carga que el destino le deparaba en una situación nada halagüeña, no obstante los cuarenta años de triunfos que el ilustre Fernando hizo conducir el carro del Estado por caminos de gloria.

(38) La mitra de Toledo era la más rica, después de Roma.